

A C A N T I L A D O

Stefan Zweig

Diarios

EDICIÓN DE KNUT BECK

PREFACIO DE MAURICIO WIESENTHAL

TRADUCCIÓN DE TERESA RUIZ ROSAS



STEFAN ZWEIG

DIARIOS

EDICIÓN DE KNUT BECK

PREFACIO DE
MAURICIO WIESENTHAL

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE TERESA RUIZ ROSAS



ACANTILADO
BARCELONA 2021

CONTENIDO

Memorial Zweig, por MAURICIO WIESENTHAL

Diario de septiembre de 1912 a primavera de 1914 (París) (10 de septiembre de 1912 – 6 de mayo de 1913; 20-28 de marzo de 1914)

Diario del primer año de guerra, 1914 (30 de julio de 1914 – 30 de abril de 1915)

Diario del segundo año de guerra, 1915 (1.º de mayo de 1915 24 de febrero de 1916)

Diario de Suiza (13 de noviembre de 1917 – febrero de 1918)

Diario de Suiza (20 de septiembre – 13 de noviembre de 1918)

Diario de 1931 (22 de octubre – 6 de diciembre de 1931)

Apuntes de Nueva York (17-30 de enero de 1935)

Diario del 27 de septiembre de 1935 (Viaje de París a Londres)

Viaje a Brasil (8 de agosto – 1.º de septiembre de 1936)

Diario de la Segunda Guerra Mundial (1.º de septiembre – 17 de diciembre de 1939)

Cuaderno de la guerra, 1940 (22 de mayo – 19 de junio de 1940)

Sobre los manuscritos originales

Índice de obras de Stefan Zweig

Índice onomástico

[-] Este símbolo indica una inserción o una anotación al margen en una página del diario.

‡ Este símbolo indica personajes, obras o situaciones sobre los que no ha sido posible encontrar información.

[=] Junto a la fecha apuntada por Zweig, se indica la correcta entre corchetes y precedida del signo igual.

MEMORIAL ZWEIG

Hay obras cuya aparición es una fiesta. Sólo cabe celebrarlas, y más cuando se publican en una editorial que atesora un catálogo nutrido y selecto de clásicos y de grandes autores contemporáneos, como es el caso de Acantilado: referencia fundamental en la bibliografía de Stefan Zweig.

Además de su obra genial como narrador, celador de la memoria de nuestros maestros, pensador libre, guía excepcional de la cultura, degustador de la vida y cautivador ensayista, nadie ha superado a Zweig en la tarea de interpretar la historia de Europa en la primera mitad del siglo XX, porque sus libros autobiográficos (memorias, ensayos y estos *Diarios* que ofrecemos ahora en lengua española) no sólo nos cuentan lo sucedido, sino que además *nos permiten compartirlo*.

Desde su creación, Acantilado se propuso el difícil reto de recuperar la obra de Zweig, dotándola de renovada presencia y apoyándola en mayor rigor crítico para beneficio de los bibliófilos y disfrute de los lectores. Hemos celebrado así la aparición de tantas obras famosas o incluso inéditas del gran maestro europeo, en un caudaloso río que sigue y seguirá fluyendo—pues nuestro autor fue prolífico—en versiones fieles, corregidas y revisadas, ofrecidas en traducciones magistrales, y acompañadas de anotaciones y estudios que nos descubren secretos inesperados de la obra y la vida de su autor.

Stefan Zweig, el humanista, el descubridor de vidas olvidadas, el poeta de Europa, el luchador de la libertad, el maestro de la memoria de nuestra cultura y el faro de tantas generaciones que tenemos con él una deuda impagable fue el último creador de mitos en una época donde todavía se podía ocultar—no ignorar—una parte de la realidad: una tarea homérica que hemos perdido en este tiempo decadente, sometido a la violencia dogmática y chulesca de unos ignorantes que pretenden saberlo todo. Se pierde así la sabia cautela de embellecer y humanizar las cosas y los hechos, olvidando que las vidas necesitan ser amparadas y las verdades requieren sereno reposo en el consuelo del espíritu, en la literatura, en el arte y en la belleza. La filosofía es búsqueda aplicada, curiosa, anhelante y sensible de la realidad, y los antiguos griegos nos

enseñaron a perseguir ese desvelo (ellos lo llamaban *alétheia*). Aprendí en Zweig el gusto por estas palabras que tienen en un idioma muchos niveles de interpretación porque crean «veladuras» (sigamos poniendo velos) y son más artísticas y literarias, como este término *desvelo* que puede significar lo mismo ‘insomnio’ que ‘anhelo’, o también ‘atención’ y ‘acto de quitar un velo’ (*desvelar*). Por eso la sabiduría decae y desfallece en épocas como la nuestra, atolondrada y soberbia, en la que unos corsarios sin ley creen posible conquistar el cielo arrancando los velos y asaltando a los dioses, y especialmente a las diosas, porque son las mujeres quienes guardaron y sublimaron el poder de los velos (urdimbres y tramas, luces y sombras, distancias y fugas, lunas y estrellas).

De una guisa más brutal y cruda fueron siempre los bárbaros: matones que destruían todo lo civilizado porque eran incapaces de entender que el misterio y el mito deben celarse en seguro templo, e ignoraban que el respeto de lo bello no debe ser profanado ni violado, aun cuando los seres humanos—los hijos de Prometeo—conozcamos una verdad más blasfema y ardiente y sepamos dónde está el fuego.

Los pueblos cultos de la Antigüedad sabían, por el contrario, que la cultura, el culto y el arte exigen también ficción, y por esa razón—pura razón—una diosa seguía siendo virgen, aunque un bruto como Vulcano presumiese de acostarse con ella. La vida tiende al pudor, condición que es incluso visible en el estudio de la naturaleza, en las más bellas estructuras cristalográficas (escondidas en honda mina), en los ritos animales de exhibición que muestran el buche o la pluma y juegan a la danza—dilatando el momento del sexo—y en las formas nucleares de la biología, protegidas por membranas y fluidos que mantienen en torno a la célula una armonía de presiones y tensiones.

A la «era de la sospecha» que vivió Zweig ha seguido en el siglo XXI el tiempo del derribo, la denuncia y la acusación. No puede revelarse ninguna sabiduría ni belleza en la violencia y la violación, porque el placer de descubrir exige traspasar con vigilancia el manto del amor (*filo-sofia*), el velo de la piedad, la gasa de la clemencia y la materia del vestido con todos sus adornos, cortes, encajes y brillos. Desvestir no es desnudar. Se necesita un conocimiento universal de la cultura para situar a los hombres y los hechos en su entorno, valorándolos en todas sus dimensiones.

Para entender a un autor tan complejo como Zweig—pese a la aparente sencillez de su estilo, que forma parte de sus modales de cortesía—se necesita

conocer ampliamente su obra, pues escribió sobre temas muy variados que reclaman amplia curiosidad intelectual y buena formación cultural en el lector.

La primera cúpula de este «Memorial Zweig» que levantó Acantilado fue la definitiva edición en español de *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. La habían precedido ya varias obras de Zweig y seguirían muchas otras, contando también con estudios colaterales, correspondencia y testimonios de sus amigos, pues la idea de construir conjuntos culturales coherentes—una Biblioteca para grandes lectores, bibliófilos y estudiosos—ha sido uno de los valores distintivos de la editorial.

Se culmina hoy una etapa fundamental en la construcción del «Memorial Zweig» al publicar en lengua española los *Diarios* del autor: un tesoro que, tras años de traducción, documentación y trabajo, constituye otra de las torres de este monumento. Gracias a un equipo selecto se ha logrado llevar a término la valiosa tarea. Y es justo decir que ningún lector en lengua española puede hoy conocer rigurosamente a Zweig sin acceder a este gran memorial.

Mejor que con palabras cabría acompañar con música estos *Diarios* (un *kadish* funeral, siendo Zweig judío), o un cortejo que proclamase la única *verdad* humanista: «¡Ha vivido, ha vivido!», como gritaban los antiguos griegos en los entierros de sus héroes. Más allá del respeto—forma irrefutable de la poesía—, acepto el honroso papel de último escolta en la edición de estos *Diarios*, sólo porque así me es dado acompañar a los que quieran seguir sus huellas. Es muy curiosa y reveladora «la lectura a la inversa» de unos *Diarios*. Lo importante para el lector es llegar a conocer bien al autor, y tanto vale encontrarlo de ida como de vuelta.

El diario nos otorga un privilegio cuando nos permite situarnos junto al autor y seguir el cauce de su vida. El ensayo biográfico, la literatura epistolar, la autobiografía y las memorias no ofrecen esta prebenda ni este provecho, ya que nos lo dan todo interpretado, seleccionado, armado y vertebrado, digerido y filtrado por el autor. En suma, los *Diarios* ofrecen abundante juego y disfrute, más amplio campo de intriga, más posibilidades de descubrimiento, mayores opciones de interacción en la lectura y muy variada diversión para el lector, dado que éste puede participar en la trama. Hasta las notas que acompañan al texto en este magistral trabajo de edición son divertidas y sustanciosas. Cada detalle nos permite adivinar, predecir y pensar el transcurso de una vida,

sabiendo ya el desenlace que no conocía el propio autor. Conocemos incluso los nombres de los «asesinos» en este *thriller* vertiginoso y escalofriante de la vida de Zweig. ¡Magnífico y genial *spoiler*, como dirían hoy los aficionados al cine!

Uno de los encantamientos que ofrecen los libros es que tienen una lectura diferente en cada tiempo, según la época y la hora en que los aborda el lector. Los *Diarios* de Zweig son para nosotros más interesantes en este momento del siglo XXI que cuando el autor los escribió desde 1912 a 1940. Hoy pueden leerse como un viaje al pasado, y eso los hace novelescos, curiosos, entretenidos y tan reveladores. Estas páginas ofrecerán un disfrute maravilloso a quienes hayan leído *El mundo de ayer*, las *Cartas* de Joseph Roth, la *Correspondencia* de Friderike Zweig, y a cuantos conozcan la vida y la obra del autor. Los lectores podrán compartir activamente la lectura de estas páginas—igual que el coro de la tragedia griega recitaba sus advertencias y lamentos a medida que se desarrollaba el drama—, observando cómo nuestro personaje se dirige inexorablemente hacia su *fatum*.

¿Cómo un hombre nacido en un tiempo feliz, y en una familia privilegiada por la fortuna, pudo perderse en un final tan dramático? Pero también, ¿cómo un carácter tan tímido y pesimista fue capaz de ser el nudo de relación de tantos seres humanos, creando un culto a la amistad y a la lealtad como el que unió a los amigos de Zweig? Y ¿hasta qué punto las circunstancias adversas y los vientos contrarios no son los que empujan precisamente el ánimo de los grandes navegantes y de los adelantados de la ciencia y de la cultura, a los que Zweig dedicó tanta atención y páginas deslumbrantes?

En estos *Diarios sentimos* cómo el avance del sectarismo y de la razón fanática (tan terrible es la razón encadenada como el delirio del loco) iba acorralando y flagelando a este escritor humanista que intentaba crear *contra su tiempo* una obra sublime de tolerancia y comprensión, continuadora del testamento que nos legaron sus maestros Erasmo y Montaigne. El estruendo de su propio tiempo—gritos autoritarios, pronunciamientos, camisas negras, banderas rojas, cruces gamadas y bombardeos—le obligó a veces a levantar su tono, de natural sensato y moderado, llevándolo hasta el manifiesto más enérgico, como había hecho ya su amigo Romain Rolland en *Más allá de la contienda*. Hay que comprender que en el vendaval de locura que le tocó vivir no había trinchera ni tregua: ni las víctimas podían escapar de los verdugos, ni los libros se salvaban

de las hogueras, ni las catedrales más nobles y hermosas del Viejo Continente se libraban de los bombardeos.

Los lectores más fieles de Zweig que han leído y releído *El mundo de ayer* no sólo conocen ya su destino y su fin, sino que lo han acompañado en sus lúcidas opiniones, en su lucha humanista, en sus evocaciones de los escenarios felices que contemplaba con romántica melancolía, y también en sus tenebrosas inquietudes de profeta *jeremiaco* que—desgraciadamente—siempre acertaba.

Las memorias y los *Diarios* de Zweig tienen precisamente el valor de que no son un simple relato descriptivo, sino también un retrato de su época: un cuadro pintado con la subjetividad y la pasión de un artista, pero también con la autoridad de un intérprete que vivió en primera línea los acontecimientos. Sus libros no podían estar escritos de otra manera, porque siendo un humanista no fue un *sadhu* pacifista y contemplativo, sino un hombre de combate—declarado enemigo de la violencia—y un sublime escritor dotado de fulgurante curiosidad y cultura.

Las páginas autobiográficas de Zweig nos seducen siempre con su pasión y su energía narrativa, pues ofrecen una visión original de su tiempo que hoy nos parece más actual que cualquier versión escolástica. No pretenden ser tarea erudita de un historiador oficial, y eso precisamente salva y enaltece su valor literario, las libera de las opiniones políticamente correctas que atan a los burócratas de la cultura, las enriquece con su *pathos* artístico y las integra, por derecho propio, en el género *ensayo*. Montaigne y Chateaubriand ilustraron brillantemente ese mismo estilo de escribir unas «memorias ensayadas».

Stefan Zweig escribió «en el pórtico de los gentiles» y esa independencia (no se olvide que la idea obsesiva que guía su vida es la búsqueda de su libertad) le permitió ser un excelente biógrafo—escándalo a veces de eruditos y clérigos—porque sabía, como nadie, revelar a sus personajes desde un tono literario y artístico, sin renunciar al rigor que debe exigirse a un género que no está basado en la fantasía sino en la crónica bien documentada de una vida en su espacio y en su tiempo.

Hemos dicho que Zweig, como los antiguos maestros griegos, gustaba de mezclarse con su auditorio y con sus discípulos, pero, en su tono y en su estilo, va siempre vestido con la toga de la cultura y con su bastón de peregrino. Nada más propio de un peregrino que escribir unos *Diarios*. La palabra *día* tiene

variados sinónimos en la lengua española y significa lo mismo ‘jornada’ que ‘camino’ y ‘viaje’. Por eso me gustaría que el lector recapacite al acabar—o al empezar—la lectura de estos *Diarios*, y se pregunte si este libro no podría definirse como un fabuloso *camino* que se extiende por la segunda mitad de la vida de Zweig y nos ofrece distintos paisajes; tantas historias y experiencias como el más apasionante de los viajes, ya que el autor era además un gran viajero.

En contante y sonante castellano se llamaba *dieta* al ‘camino que puede andarse en un día’. Y, aún, seguimos llamando *dieta* al estipendio que se cobra para los gastos de viaje. Pero, con el tiempo, la palabra *dieta*, arrinconada en el cofre de los arcaísmos, fue sustituida por el italianismo *jornada*, del toscano *giornata* y, este vocablo a su vez, de *giorno* (*día*). «El salir de la posada es la mayor jornada», leemos en el *Tesoro* de Alonso de Covarrubias. Era un proverbio usual entre los españoles del Siglo de Oro que sabían bien lo difícil que es partir y los compromisos y excusas que nos cortan las alas cuando queremos librarnos de las limitaciones del localismo y de sus patios de vecinos. Estos *Diarios* de apasionante y aleccionadora lectura están escritos por un hombre que tuvo el valor de asumir los riesgos y costes de su viaje, sus jornadas y sus dietas. Por eso su vida fue tan rica en experiencia y le permitió crear una obra maestra más auténtica e interesante que las «lecciones» de esos desagradables moralistas que sermonean virtudes de forma hipócrita y condenan los errores ajenos sin haber salido de sus prejuicios locales.

Un diario es un itinerario, o también lo que los antiguos griegos llamaban un *método* (*métodos*, ‘camino para progresar’). Para todos aquellos que quieren iniciarse en una sabiduría honda no hay mejor método que andar la vida—ordenada en etapas—y eso precisamente es la esencia de un diario y la experiencia que nos ofrece esta obra, meticulosa recopilación de los cuadernos donde Stefan Zweig dejó el testimonio de sus gestas y sus andanzas (¡qué oportuna suena aquí la referencia quijotesca!).

No podemos soslayar la referencia al lenguaje profético y bíblico al adentrarnos en los *Diarios* de Stefan Zweig, descendiente de judíos austríacos e italianos. Uno de los aspectos característicos de su estilo y de su literatura es precisamente la fuerza que adquieren en su obra los símbolos. Cada palabra que, en cualquier otro autor, podría tener sólo un significado utilitario—

sometida a una definición de léxico y limitada por un discurso racionalista—, alcanza en su pluma una reverberación moral. Este descendiente de hebreos, educado en la memoria y en la nostalgia de la diáspora, sabe pasar así del tono poético y místico del Cantar de los Cantares a las descripciones novelescas del Éxodo o a los comentarios minuciosos y obsesivos del Levítico, pero siempre lo que dice tiene diferentes niveles de lectura, y el último y superior de esos grados es mágico. De ahí que el lector deba andar con cautela en esta rutina aparente de las jornadas de los *Diarios*, no sea que se le escape un mensaje que el autor esconde intencionadamente en un tono sencillo. Hasta las vidas de sus personajes—a veces unos amigos en conversación—aparecen interpretadas en su significado más apocalíptico y universal, igual que ocurre en la Biblia, de forma que una reina, un delator, un asesino, un descubridor, un poeta, un sabio, un cobarde o un amante no son sólo personajes de una hora y una escena, sino signos y señales de la historia de la humanidad. Una frase cualquiera se puede leer siempre a la luz de una revelación profética, y por eso la obra de Stefan Zweig tiene ese valor único de narrar el mundo de ayer y aparecer como una revelación en el mundo de hoy o de mañana.

También hay que decir que los amigos de Zweig no son *cualquier cosa* (ningún ser humano, oscuro o célebre, bueno o malo, es cualquier cosa) y por estas páginas pasan nombres y vidas inolvidables, como Richard Strauss, Romain Rolland, Émile Verhaeren, Rainer Maria Rilke, Hermann Bahr, Hugo von Hofmannsthal, Jakob Wassermann, Alma Mahler, Franz Werfel, Arthur Schnitzler, Arturo Toscanini, Sigmund Freud, Bruno Walter y tantos otros; grandes músicos, directores de orquesta, escritores, bibliotecarios, anticuarios y libreros, directores de escena, actrices, todos ellos descritos en su entorno íntimo y familiar, sin pedantería ni pretensión académica, sino sorprendidos en la fabulosa comedia de costumbres de la vida diaria. Y el lector echará probablemente de menos la presencia de otros personajes: Paul Valéry, Maksim Gorki, Julien Cain o René Fülöp-Miller, a los que Zweig trató y conservó dentro de su círculo más cercano y querido. Algunos amigos tan importantes, como Joseph Roth o Ernst Toller, apenas reciben aquí una cita necrológica. Desaparecieron de esta pintura intimista que tiene una luz hogareña de maestro flamenco, aun cuando todos ellos están bien presentes en el escenario más dramático y teatral de *El mundo de ayer*.

Al acompañar y celebrar la edición de estos *Diarios* de Stefan Zweig, no puedo dejar de recordar los largos y difíciles itinerarios que recorrí, desde que era un muchacho, para conocer a los amigos que habían sobrevivido a mi maestro y que podían darme noticias suyas y facilitarme direcciones que me permitieran seguir sus huellas. Hoy podría llamarlas «Peregrinaciones en busca de los santos de mi calendario», como le gustaba decir a Zweig, repitiendo una expresión de nuestro común amigo Jules Romain. No olvido el pueblecito del Valle del Loira donde este autor hoy olvidado—aunque bien recordado en estos *Diarios*—había escrito *Los hombres de buena voluntad* y otros ensayos y novelas. Cuando llegué a conocerle ya tan sólo escribía artículos, pero ofrecía a sus huéspedes los vinos de sus viñedos, blancos ligeros y perfumados que olían como el albaricoque y que, en las añadas más ácidas o descarnadas, yo me esforzaba en comparar con el perfume limpio de los limones.

La trama de los amigos de Zweig era como un firmamento estrellado donde uno podía perderse en un sueño cósmico. Aquí tiene el lector esos nombres, aunque ya no pueda sentir su voz. Recuerdo los ratos inolvidables que pasé con Richard Friedenthal, compañero de las últimas horas de Zweig, y «heredero literario» de parte de su legado, pues acabó como pudo la incompleta versión de *Balzac* que dejó Zweig al morir, y editó algunos originales de estos *Diarios*. Con él pude evocar y conocer detalles significativos de los días del exilio de Stefan y de Lotte, su segunda mujer. ¡Tantos viajes y encuentros quizá expliquen por qué ahora las páginas de estos *Diarios* me parecen un paseo por las sombras y no de la mano de Virgilio ni de Beatrice, sino de Stefan Zweig!

Con Anna Freud—en su acogedora casa londinense de Maresfield Gardens, 30, tan llena de la presencia de su padre—compartí no pocos recuerdos de la relación entre el doctor Sigmund Freud y Zweig, amistad que fue en un principio distante y difícil, hasta convertirse en la relación fiel de exiliados que unió a los dos en Inglaterra. *Allien enemy*, se leía en el salvoconducto que les permitía vivir, en continuo estado de alarma y sospecha, como «enemigos extranjeros». Anna me enseñó los libros que le había dedicado Lou Salomé, a la vez que me dio datos muy personales que me ayudaron luego al escribir mi biografía de Rilke y enriquecerla con datos muy inéditos (*Rainer Maria Rilke. El vidente y lo oculto*, Barcelona, Acantilado, 2015).

Era sólo un muchacho de veintitrés años cuando viajé a Berlín para poder entrevistar a Ernst Feder, el escritor socialista que estaba entonces muy olvidado. Con él pude hablar de los tiempos que vivió en Petrópolis y de las

partidas de ajedrez que jugaba en la veranda de la casa, en la *rua* Gonçalves Dias, 34. Se les hacía de noche y, muchas veces, Zweig y Lotte acompañaban al matrimonio Feder hasta su vivienda. Fue Ernst Feder quien me contó cómo Zweig pudo haberse refugiado en Colombia en aquellos años difíciles del exilio, cuando no se sabía si el gobierno de Brasil tomaría el derrotero de los nazis en los vaivenes de la política endiablada. Quizá la decisión de quedarse encerrado en el jardín mágico de Petrópolis propició su final dramático y el de su pareja que le acompañó en el último viaje. Muchas veces he pensado que las razones de su muerte trágica formaban parte de ese azar que los griegos llamaban la *moira* y el *kairós*: el hado y el destino inescrutable de los seres humanos.

Pero, entre las cartas que Zweig recibió en sus últimos días, Feder me habló de una que me conmovió. Se la enviaba Germán Arciniegas, un amigo colombiano al que había conocido en un viaje a América: uno de los más grandes humanistas que ha dado la cultura latinoamericana. Stefan Zweig quedó fascinado por el mundo mágico de Arciniegas y por su forma de narrar, humanista y culta, pero no desencantada al modo europeo, sino brillante y seductora como la de los grandes escritores de América. Inmediatamente, se sintieron atraídos el uno por el otro, porque compartían los mismos héroes, como Montaigne, Magallanes o Américo Vespucio. Arciniegas, que tenía entonces cuarenta años, hablaba con tiempos verbales activos y futuros, o con proposiciones perifrásticas: «va a ser», «llegará a ser», «tendrá que ser», «habrá de ser»... Era un hombre lleno de voluntad y esperanza. Y Zweig hablaba sólo en pasiva, en condicional y en pretérito. Tenía sesenta años y pocas fuerzas para proseguir un camino que, en aquel momento, era tan duro para un escritor europeo: liberal, humanista y, además, de origen judío. Nuestra Europa comenzaba ya a ser sólo pasado.

Rebelándose contra el imperialismo y la colonización anglosajona, Arciniegas defendía la identidad de la cultura hispanoamericana. Los latinos no podemos resolver nuestros problemas con los reglamentos pragmáticos de las instituciones germánicas o anglosajonas. Necesitamos ofrecer a nuestros pueblos un proyecto mágico y moral, proponiéndoles ideales que les despierten el *pathos* individual y social: entusiasmo, fascinación y fe. Ésa es justamente la herencia que la cultura europea recibió de la antigua escuela clásica, griega y latina: ideas que sobrevivieron en Europa hasta que el racionalismo y el materialismo socavaron los fundamentos idealistas de nuestra tradición.

Germán de Arciniegas acababa de ser nombrado Ministro de Educación de Colombia. Y, en su carta, le ofrecía a Zweig la hospitalidad de iniciar una nueva vida en su país: un pueblo libre y culto, entre gente amiga.

Años más tarde me invitaron a pronunciar una charla en la Feria del Libro de Bogotá y se me ocurrió comenzar evocando esta historia. Fue entonces cuando, en medio del auditorio, se levantó un joven, se adelantó hacia el estrado donde yo hablaba—provocando mi desconcierto, pues pensé que había ofendido a alguien—y me dijo: «¡Profesor!, soy un discípulo de Don Germán de Arciniegas, estuve junto al lecho de muerte de mi maestro cuando falleció hace pocos años y debo darle un abrazo por habernos traído a Colombia la memoria de unos hechos que desconocíamos y pueden enorgullecernos, porque somos un país hospitalario, nos alegramos de que un colombiano tendiese una mano a un hombre perseguido y acorralado, y nada nos hubiera honrado más que dar asilo entre nosotros a Stefan Zweig, el gran humanista».

Y comprended por qué evoco con emoción este tema al comentar la nueva edición de los *Diarios*. Estas páginas se detienen en 1942, justo al borde del abismo de los últimos años de Zweig, quien ya no tuvo fuerzas para aceptar la invitación de Arciniegas. Pero puedo decirles que, la última noche que apagó la luz en su veranda de Petrópolis, antes de dejarnos para siempre, le dijo a su mujer y a su amigo Feder, con quien acababa de jugar una partida de ajedrez: «¿No deberíamos aceptar la invitación de Germán de Arciniegas y visitar Colombia?». Su mujer, Lotte, ya enferma y cansada, le dijo que no. Era una maravillosa noche de verano. Y así desapareció para siempre en las estrellas. Las mariposas grandes, con su vestido de Carnaval, volaban en la noche brasileña buscando una mañana nueva.

La inmensa red de estrellas que encontré siguiendo a mi maestro no se acaba aquí ni podría describirla en mil años de memoria, porque es fascinante y quimérica como la noche de las mariposas brasileñas. Conservo también las cartas de Marshall A. Best, la primera de ellas fechada en 1972, cuando era el editor de Viking Press en Nueva York. En esas páginas ya amarillentas, escritas a máquina, me relata su visita a Zweig en Salzburgo, («la sensación de estar ante un hombre sabio y de carácter encantador») y sus recuerdos de la vivienda del Kapuzinerberg («casa de piedra oscura entre abetos, meditativa y sombría»). Sin duda, él mismo lo reconocía, me escribía ya influido por el destino final de Zweig, y no contemplaba la alegría de las pinturas murales, de las colecciones de autógrafos, de los recuerdos maravillosos (entre ellos el escritorio que había

pertenecido a Beethoven) que poblaban aquella vivienda monacal, construida, eso sí, al final de un angustioso vía crucis y a la sombra de un convento.

En una de sus cartas este inolvidable amigo norteamericano, Marshall A. Best, me adjuntó lo que para mí fue un tesoro: unas notas personales sobre Benjamin Huebsch, editor también de James Joyce y de D. H. Lawrence, con valiosos detalles sobre su amistad con Stefan Zweig, ya que incluso intervino personalmente en la traducción y primera edición de *El mundo de ayer* para Viking Press de 1943. Además, Ben tradujo otras obras del maestro vienés, y este dato no es conocido en el mundo anglosajón, porque era un hombre muy modesto y no quiso poner su firma. La figura de Huebsch aparece citada varias veces en estos *Diarios*, pues Zweig mantuvo con él una larga amistad.

Cuando fui a Nueva York a ponerme en contacto con Marshall Best llevaba mi agenda tan repleta de nombres y direcciones que me sentía como un mensajero de Zweig. Mi inolvidable amigo rumano Eugen Relgis, que entonces vivía exiliado en Uruguay, formaba parte de esa «red Zweig», ya que nuestro autor le había prologado en 1939 su primera novela *Mirón el sordo*. Era un prodigio de lealtad a sus amigos, y gracias a él encontré muchas rutas de peregrinación hacia los maestros que luego fui compartiendo en mi obra. Me guio para que visitase las casas de Romain Rolland y de Paul Biriukov (el que fuera secretario de Tolstói, también citado en estos *Diarios*), que habían vivido casi vecinos en el lago Lemán, y me dio una prodigiosa lista de direcciones tolstoianas. Las puso en mis manos ceremoniosamente como un legado sagrado y secreto, y así conservo toda su obra dedicada con su letra menuda y algunas de las cartas donde proclamaba sus ideales pacifistas, internacionalistas y anarquistas, que en un hombre de su bondad podían ser candorosos o ingenuos, pero no contradictorios.

El recuerdo de Romain Rolland y de los amigos y discípulos tolstoianos se unió así a mi peregrinación. La red de las estrellas volvía a lucir en mi firmamento. Aprovechando que viajaba a Nueva York para ver a Marshall A. Best localicé a Alexandra («Sacha») Tolstaia, la hija del gran escritor. Ella, la única que había acompañado a su padre en la «fuga de Astapovo» (otro tema dramático y estelar de Zweig) y había dirigido el Museo de Yásnaia Poliana antes de exiliarse a Estados Unidos. Vivía en Valley Cottage y había creado la Tolstoi Foundation, donde hizo tantas obras humanitarias con refugiados y, especialmente, con niños. Había sido una hija rebelde con su madre porque era conflictiva para la educación de su tiempo (era homosexual), pero fue en

realidad un alma libre y pura como su padre. Se había convertido con los años en una abuela *demasiado rusa*: capaz de regañar con ideas carcas y un poco reaccionarias a los mismos jóvenes desorientados a los que amparaba y protegía. Todo era en ella Tolstói. Pero era maravilloso escuchar sus palabras de *bábushka* ('abuela rusa') cuando nunca decía *exilio* (*exile* en inglés), sino *destierro* en español (¡qué voz tan material, tan humilde y tan expresiva del desarraigo más cruel que puede tener una vida!). Yo le respondía *izgnanye*, pero ella volvía a la palabra española y la pronunciaba con un sentimiento especial (*des-tierro*) porque dejó su alma en un *claro luminoso* (Yásnaia Poliana significa eso) del bosque mágico de Zakaz donde, bajo un túmulo de hierba y tierra, hojarasca y ramas, está enterrado su padre.

Los amigos de Zweig me habían conducido hasta allí—quizá alguno de ellos tenía una deuda con Sacha, porque no la había secundado en su valiente denuncia de los crímenes que Stalin estaba cometiendo contra el pueblo ruso—, y cuando leo ahora los *Diarios* de mi maestro veo que todos los rodeos y los días, las jornadas y las dietas, son itinerarios mágicos. Con Alexandra Tolstaia pude hablar de Yásnaia Poliana y comentar las cosas geniales que Stefan Zweig había escrito sobre Tolstói, pues el gran maestro austríaco había sido además el representante de su país en los actos que se celebraron en Moscú en 1928 para conmemorar el centenario del profeta y novelista ruso. No quiero cansar al lector con mis recuerdos, pero los ofrezco como ejemplo de qué importante es la lectura de los *Diarios* y las memorias de un autor, y cómo esta curiosidad puede devolver un tesoro de aventuras, azares, conocimientos y experiencias a un joven con vocación de estudio y aprendizaje.

Siguiendo a los amigos de mis amigos pude conocer la fabulosa trama del tapiz que Stefan Zweig había tejido con sus sentimientos y con su vida, uniendo a los seres humanos sin distinción de razas, creencias, géneros ni fronteras. Eran, eso sí, humanistas de gran talla intelectual y de autoridad moral indiscutible, muchos de ellos socialistas, combatientes en la causa de la libertad, comprometidos con la democracia y partidarios de las reformas de progreso.

Conocí también hoteles inolvidables como el Beaujolais de París o el Belvoir a orillas del lago de Zúrich que aparecen citados en estas páginas de los *Diarios*. Creo que, debido a mi edad ya bien nevada, soy uno de los últimos afortunados que llegó a hospedarse en estos lugares sencillos y encantadores, porque no eran palacios lujosos sino reliquias del mundo de ayer que no

debían de haber desaparecido jamás. No llegué a conocer a Prosper Montagné, y tuve que conformarme con las noticias que me daban amigos mayores que habían gustado su cocina cuando era propietario de Le Boeuf à la mode, el histórico restaurante de la rue Valois de París—también citado en estos *Diarios*—donde Zweig se reunía con Rilke, Rolland, Verhaeren y Bazalgette. En mi biografía *Rainer Maria Rilke. El vidente y lo oculto* dediqué una documentada crónica al local y a estos encuentros.

Así, siguiendo itinerarios mágicos y azares providenciales—como corresponde a un discípulo fiel—fui trazando la senda de mi maestro por todo el mundo. Recuerdo bien a Michel Castaing, que era el sucesor de Charavay en la más famosa y antigua tienda de autógrafos de París. Allí compraba Zweig sus autógrafos—tenía una colección fabulosa y valiosa—, y en aquella casa me permitían estudiar y repasar los archivadores donde se guardaban las cartas y manuscritos originales de Mozart y Chopin, de Lamartine y Victor Hugo, de Balzac, de Valéry, de Puccini, de Mark Twain, de Byron, de Chateaubriand, de Baudelaire y del propio Zweig. Aparece citada varias veces en estos *Diarios* con el nombre de librería Charavay, aunque era un espacioso entresuelo situado sobre la plaza Furstenberg, justo frente al taller de Delacroix. En el interior había pupitres de trabajo donde el tiempo pasaba, encantado y feérico, como el vuelo de las páginas de los manuscritos y el temblor creativo de la letra de los genios que habían escrito esas cartas y esas obras. Una atmósfera que sólo puedo comparar con las horas («libros de horas») de monje estudioso que pasé en la Biblioteca Nacional de la *rue Richelieu* en el mismo centro de París, donde Zweig—como confiesa en estos *Diarios*—escribió su maravilloso ensayo sobre la genial Marceline Desbordes-Valmore, «poeta y madre» (pues a ella no le gustaría otro título) flagelada por la miseria que se abatía sobre las mujeres que caían en desgracia y sobre las vidas sencillas en los tiempos brutales de la Revolución.

Merece la pena leer con atención el texto de los *Diarios*, observando cómo el autor escribe a veces con una agitación y una angustia que le lleva hasta la repetición atolondrada de ciertas palabras, como ocurre con *paz*, *frontera*, *vida*, *pasión*, *destino* o *libertad* (sustantivo que remacha varias veces en la misma frase, como un repique de alarma), mientras que en su interpretación apenas toca las notas de la *crueldad*, la *ruina* o la *violencia*, pasando sobre esas claves y

cuerdas en un presto pianísimo, sin apenas desflorarlas. ¡Silencio extraño en una época tan terrible, tensa y violenta como la que le tocó vivir! Sólo el término *sangre* («me hiela la sangre», «sed de sangre», «un torrente de sangre», «letra de imprenta escrita con sangre», «las amapolas florecen como la sangre», «pronto Europa quedará anegada en sangre», «inútil derramamiento de sangre») se repite en la escala de los graves como una tonalidad cósmica y dominante que, si pensamos en la admiración que nuestro autor sentía por Mozart, alcanza el peso fatalista que tiene el *Re menor* en la *Condenación de Don Juan* o en el *Réquiem*.

¿Hasta qué punto—no olvidemos su educación burguesa en la Viena de Freud—reprimía ciertos sentimientos para mantener su difícil equilibrio interior y hasta qué extremo ese silencio no es una de las causas que le llevaron a su final dramático, en la hora atribulada en que decidió poner término violento y abrupto a su vida?

Reclamo, por favor, la comprensión del lector que debe disculparme por esta larga explicación armónica, ya que uno de los secretos de la fascinación que ejerce sobre nosotros la prosa de Zweig—arquetipo del escritor artista—es su musicalidad, y a veces se le entiende más por cómo *entona* lo que escribe que por lo que dice. Cuando se abandona a la marea de su prosa nos deslumbra y envuelve, nos acuna y atrae «como el silbido de un zumbel» (la cuerda que se ata al trompo para lanzarlo y hacerlo bailar) o «como el señuelo hipnotizador con que se engaña a las aves», y utilizo expresiones muy suyas. Por eso sus silencios son también significativos, medidos, intencionados y musicales. Se comprende que Rilke y él tuviesen esta sintonía de espíritu—aun siendo tan diferentes—y que Zweig fuese el primero en distinguir al poeta de *Las elegías de Duino* por el sonido ingravido y amortiguado de sus pasos, y por la resonancia armónica de su presencia.

Cuando Zweig «desvanece» o «ensombrece» una palabra (*morendo, calando y smorzando*, podríamos escribir al margen, como si leyésemos una partitura) es consciente de que la música es sólo una forma de mejorar el silencio. Si uno es incapaz de dotar un sonido de necesidad y significado—Beethoven *dixit*—debe callar. Incluso en la exigencia de *impromptus* que tienen unos *Diarios*, donde valen la espontaneidad e incluso el arrebató, en esta obra se muestra maravillosamente el estilo seductor de Zweig, tan rico en acordes, en intervalos armónicos y en recursos rítmicos. Es así como consigue transportarnos a un astuto juego psicológico de *confesión* en el que se alternan los silencios, los

punteos, las sordinas de terciopelo y ciertas veladuras—como balbuceos de timidez—en las que el escritor cede la expresión musical al misterio.

Es verdad que era tímido y reservado hasta extremos contradictorios, porque en todo artista hay un fondo exhibicionista que es incluso necesario cuando se escriben unos *Diarios* o se compone una autobiografía como *El mundo de ayer*. Los comentaristas más morbosos de su vida llevan hoy este *diagnóstico* de exhibicionismo hasta los aspectos sexuales más explícitos. Incluso se discute si el recuerdo de sus paseos nocturnos por los jardines del palacio Liechtenstein de Viena—una memoria que le despierta la vergüenza en las anotaciones del martes 10 de septiembre de 1912—oculta ese contenido turbio. Pienso que se trata más bien de la frecuentación de las pobres mujeres (*das süsse Mädel*, las dulces muchachitas) que ofrecían sus servicios eróticos en aquella Viena de su juventud. Ya Acantilado incluyó el capítulo *Eros Matutinus* en su edición de *El mundo de ayer*, subsanando así un vacío que se había censurado en otras versiones. Incluso Friderike, su primera mujer, lamentaba que Zweig describiese el refinamiento y las pasiones artísticas de su juventud en una Viena tan espiritualizada como *reprimida* (donde el palacio Liechtenstein aparece como el paraíso de los conciertos y la cultura) sin hacer referencia a otros anhelos de la libido.

En cualquier caso, la educación puritana e hipócrita de aquel tiempo, denunciada por Freud y reconocida también por Zweig, dejó huellas en su carácter. La relación difícil con su madre, que era un personaje distintivo de las muchachas burguesas de la Viena de finales del siglo XIX, le llevó a distanciarse de esa clase ociosa y algo frívola. Buscaba en las mujeres un carácter más independiente y activo, y reclamaba también su libertad en la relación de pareja. La sordera de Ida Zweig no favoreció la comunicación con su hijo, que fue educado y protegido—como era costumbre en las familias pudientes—entre ayas, doncellas, un mayordomo y otros sirvientes. No en vano era hijo de un gran empresario que llegó a director de la Bolsa de Viena. A su madre, descendiente de banqueros e hija de una familia con raigambre social, le agradaban más los conciertos, las lecturas, los viajes a Marienbad y a Italia, y las reuniones de amigas. Por eso su infancia transcurrió tensionada entre extremos, pues en su casa se mezclaba la disciplina moral e intelectual de la rama paterna—centrada en el trabajo—con la frivolidad de las clases pudientes y más inclinadas a una tolerancia aristocrática. Tampoco nos dejemos llevar por la exageración al juzgar a su madre, pues es muy posible que fuera ella quien le

legó el espíritu estético y su gusto por las delicias de la vida, cualidades tan importantes en un artista que se distinguió como testigo de su época y como delicioso rastreador de sentimientos. El resultado de las virtudes y tensiones de esa educación burguesa fue el autor de estos *Diarios*, a quien conoceremos aquí en 1912: el año en que el tango triunfa en París, se edita *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, en Centroeuropa comienza la Primera Guerra de los Balcanes y en el Atlántico naufraga el *Titanic*, orgullo de la ingeniería naval que se lleva al abismo del mar las vidas de muchos seres humanos.

Cuando pone su pluma en la primera línea de estos *Diarios*, Stefan Zweig es ya un joven de treinta años, doctorado en Viena y Berlín que comienza una carrera literaria exitosa (ha escrito poemas y relatos cortos, una monografía sobre Verhaeren, ha publicado traducciones, ha viajado por Francia, Alemania, España y Extremo Oriente, y ha estrenado incluso en el Hofburgtheater). En el plano más personal es la fecha en la que comienza su relación con Friderike von Winternitz (nacida Friderike Maria Burger), una muchacha casada con dos hijas que será su compañera hasta 1934, cuando, enamorado ya él de otra mujer, Lotte Altmann, pasan todavía unas vacaciones de invierno juntos los tres en Niza.

El final de esta historia se interrumpe el miércoles 19 de junio de 1940, cuando la invasión de Francia por el ejército alemán acerca el peligro a las costas británicas, Stefan Zweig y Lotte se embarcan hacia Nueva York, dejando atrás la Europa en llamas. Su último intento de dejar un mensaje fue una conferencia que pronunció en abril en París. El tema: «La Viena de ayer». Al despedirse de Europa agitó en su pañuelo—igual que Noé dejó volar a la paloma desde el Arca—el signo precursor de *El mundo de ayer*, que será su último libro y que ya comenzaba a rondar su inspiración en estos días dramáticos.

El lector de estos *Diarios* ha acompañado o acompañará a Zweig en los momentos más decisivos de su vida, siguiendo los tiempos que él, en su sinfonía de *El mundo de ayer*, resumió en temas heroicos, pero que ahora podemos leer con detalle minucioso y renombrar también a nuestro antojo: los años de formación y aprendizaje, un hombre inseguro, los primeros triunfos, la locura de las naciones, la lucha por la fraternidad humanista, los años dorados en el corazón de Europa, un matrimonio no puede ser un encierro, la diáspora de los libros perdidos o quemados, ¿el amanecer de otra ilusión puede ser una

impaciencia del corazón?, el regreso de Jeremías al Cautiverio, el vacío es un logro terrible y absoluto, y la dudosa desesperanza del exilio...

Es verdad que era un hombre angustiado por el absoluto, hijo de aquella Viena feliz y seductora, que era una madre amorosa pero que, en palabras de Kafka, «también tenía sus uñas». Sin duda era inseguro, hasta tal punto que la *rectitud levítica* y la responsabilidad en la que había sido educado—pues ésa era la formación de los hijos burgueses que debían hacerse cargo de las grandes empresas, como lo hizo su hermano Alfred—le impedían salvarse recurriendo al juego, al humor y a la ironía. Le costaba aceptar una promesa y acababa rindiéndose a una mala profecía. Sus últimas palabras en una de sus cartas son: «aún no me lo creo». En esa desconfianza racionalista está probablemente el misterio de su final trágico, pues, decaído el corazón, es difícil mantener la esperanza para un artista que cree en la belleza, cuando llega la hora en que no existen ya *razones* para levantar el vuelo.

Es curioso que Friderike le regaló cuando se conocieron—justo en los días en que comienzan estos *Diarios*—una mariposa del Brasil enmarcada en un cuadro que él siempre conservó. ¡Extraña premonición y pequeños eventos que no observamos a veces en nuestras vidas! Una mariposa del Brasil—tenía que ser del Brasil—para un hombre que iba a acabar su vida, muchos años más tarde, en un paraíso de colores de aquella bendita tierra y que iba a caer con las alas quemadas en un sueño de paz y fraternidad absoluto, como la falena cuando se dirige a la llama que con su fulgor la encandila y la abrasa. «En mi vida todo es como un manantial incesante, y cuando deja de fluir la corriente, se seca por completo», escribió proféticamente Zweig en la primera entrada de estos *Diarios*.

Largo, grave, smorzando e morendo, hemos llegado al final en la partitura de su vida. Pero en el Concierto de Europa queda este «Memorial Zweig», y los lectores en español tienen afortunadamente la dicha de poder escuchar la sinfonía completa en estas obras de Acantilado.

MAURICIO WIESENTHAL
Barcelona, mayo de 2021

DIARIO DE SEPTIEMBRE DE 1912
A PRIMAVERA DE 1914 (PARÍS)

(10 DE SEPTIEMBRE DE 1912 – 6 DE MAYO
DE 1913; 20-28 DE MARZO DE 1914)

Viena, 10 de septiembre de 1912 Hoy, un día como cualquier otro, empiezo de nuevo mi diario,¹ ¡¡por enésima vez! El motivo es que al releer un diario anterior acabo de advertir cuánto se ha empañado mi memoria, de un modo enfermizo y peligroso.² Cosas que describía allí como experiencias íntimas ahora son sólo palabras, vivencias olvidadas y ajenas, y por más que hurgue en mis recuerdos ya no soy capaz de poner rostro a esas personas. Quizá este afán de revivir experiencias vividas se deba a que no conservo nada del pasado, a que en cierto sentido en mi vida todo es como un manantial incesante, y cuando deja de fluir la corriente, se seca por completo. La pérdida, aquel robo de mi diario de París y Londres,³ de aquellos dos años, los más intensos de mi vida, es lo más terrible que me ha ocurrido; ni siquiera me atrevo a abrigar la esperanza de que regrese algún día a mis manos. Por eso he decidido empezar de nuevo (¡¡por cuánto tiempo?!). Esta vez debo poner a prueba mi fuerza de voluntad, porque cada día veo con mayor claridad que me urge temprarla. Vivo presa de la atonía. La agitación de la ciudad, la fiebre por *La casa junto al mar*,⁴ me resulta ajena, no la siento; para mí significa mucho más una sola de mis aventuras sexuales, que, por cierto, sólo merecen la pena por el peligro que encierran.

Me gustaría comprobar si tengo suficiente control sobre mí—incluso los días que paso absorto en ensoñaciones—como para dar cuerda cada noche a la espiral de acero que hay en mi interior, igual que le doy cuerda al reloj, y rendir cuentas ante mí mismo, por escrito, de mis actos. El futuro próximo será pródigo en decisiones, e interiormente, en caso de que aún sea capaz de reaccionar, tendré que organizarme a conciencia. No creo que tenga el alma atrofiada, tal vez sólo un poco embotada, y puesto que finalmente Felix P.⁵ ha desaparecido de mi vida, debería ser posible cierta regeneración. Habrá que intentarlo.

Martes, 10 de septiembre He dedicado toda la mañana a asuntos pendientes, y he pasado más rato preparándolo todo para ponerme a trabajar que trabajando propiamente. Después he salido a pasear por el parque de Liechtenstein,

schaup.⁶ El objeto, demasiado joven, sin mucho interés, más atónita que capaz de la madurez psicológica adecuada. En definitiva ha sido menos excitante que peligroso. Debería evitarlo, al igual que el parque Liechtenstein. Después de comer, he dictado unas cuantas cartas a la Poppek⁷ (una buena combinación de timidez y ambición); luego, he ido a pasear por la ciudad, que bullía de gente en fervor eucarístico.⁸ Al atardecer, esbozo para el prólogo y el epílogo de *La tempestad*,⁹ pero aún queda trabajo. Cuando he llegado a casa, a las once y media, me esperaba una carta de Petzold diciéndome que tiene algo importante que contarme. Su esposa, que padece una tuberculosis avanzada, ha de viajar a Merano. Me comprometo a ayudarlo (pese a que en estos años he gastado dinero muy por encima de mis posibilidades en este tipo de ayudas). Sus poemas son realmente admirables, rara vez he visto en nadie un desarrollo tan consciente. No obstante, su apariencia sigue siendo trágica: una y otra vez ese rubor artificial en las mejillas, el rostro inteligente escondido tras la joroba, el atroz andar lento y jadeante del asmático (pericarditis). Las manos, delgadas y los ojos de un insólito gris claro; un rostro que me conmueve cada vez que lo veo. Entrada la noche, aún he tomado algunas notas y he leído. Pongo a prueba mis fuerzas.

Miércoles, 11 de septiembre La mañana perdida por la llegada de mis padres y otros quehaceres similares;¹⁰ por la tarde, hojeo perezosamente Shakespeare, más que leerlo; sólo al anochecer he tratado de escribir un poema,¹¹ y lo he logrado a medias: un par de estrofas que me parecen bastante banales, y que, diría, el ritmo desluce o embellece a ratos («Entre el sueño del que venimos y aquel que nos aguarda ansioso», etcétera). Esta tarde ha venido a verme Thimig a casa, pero no lo he visto porque he salido a zambullirme en el bullicio que inunda las calles de la ciudad.

Jueves, 12 de septiembre Hoy he conseguido trabajar un poco en mi «Dostoievski»,¹² o más bien he orientado el trabajo. Luego he salido a pasear y por la tarde he estado con Milan Begović, hombre sagaz y vital, aunque veleidoso, me temo. He revisado «Raskolnikov»,¹³ leído la novela en lengua española de Larreta, un fresco de todo lo hispano sin fuerza alguna. Al atardecer, las mejores intenciones de trabajar relegadas a causa de una amable

señorita de Brno, treinta minutos sólo, pero suficientes para disipar la fantasía. He contratado a un criado.¹⁴

Viernes, 13 de septiembre Bahr me ha mandado un ejemplar de su *Toma de inventario*¹⁵ y le he dado las gracias puntualmente en una extensa carta donde le exponía mis afinidades y mis diferencias con él. Por la mañana ha venido a verme Berthold Viertel, un hombre de una inteligencia desagradable y audaz, en absoluto beneficiosa. Anotaciones al Dostoievski, lecturas, Shakespeare. Al menos me reconforta dedicar estos días improductivos a buenas lecturas, aunque con eso no baste. Es como si la soga de mi voluntad se hubiese aflojado. ¡Ojalá pueda volver a tensarla! Hoy ha salido publicado mi ensayo sobre Grouchy:¹⁶ no sabría decir por qué, pero me resulta vacío, y el ritmo podría ser más vivo; en estos momentos ni siquiera tengo un estilo sólido, sino que lo adapto al tema (del mismo modo que me amoldo demasiado a la conversación, soy una especie de eco anticipado).

Sábado, 14 de septiembre No he trabajado nada, ni un poco. Sólo he leído, aunque a Shakespeare (un autor que siempre me estimula, no me desalienta). Después he dictado unas cuantas cartas y por la noche he vuelto a leer un buen rato. Pero debo empezar de una vez por todas, vivo anclado en el pasado.

Domingo, 15 de septiembre De nuevo he leído mucho, todo bueno, pero aparte de eso no he pegado golpe. Por la tarde, con el doctor Oskar Krauss, † una persona extraordinariamente bondadosa e inteligente, el joven al que mayor afecto le tengo. Lamentablemente, su talento es tan disperso que resulta difícil sacarle provecho, aunque ésa no sea la finalidad del arte, pero sí el fermento de la vida. Tengo mucha fe en él.

Lunes, 17 [= 16] de septiembre Para mi enorme satisfacción, he recibido el manuscrito de Dostoievski.¹⁷ Por lo demás, sólo he dado paseos, no he escrito una línea. No puedo seguir así, mañana mismo empiezo en serio, me lo he prometido.

Martes, 18 [= 17] de septiembre Mala semana. Es como si se me hubiese reblandecido el cerebro, soy incapaz de formular una sola idea, las horas

transcurren absurda y plácidamente. Paseos, parque de Liechtenstein, ningún éxito en la Pramg.,¹⁸ café con la doctora Links. ‡ Por la tarde, antes de *El milagro*,¹⁹ uno de aquellos extraños episodios contra natura, encuentro con la pareja de hermanos P. ‡ Todo ello aprisa, pero con eficiencia. Después, he asistido al estreno de *El milagro*: me ha parecido magnífica, Reinhardt se ha superado a sí mismo. Las multitudes, agitadas, precipitándose como torrentes, la audacia de las metamorfosis, la insinuación de todo un espacio a partir de un simple detalle (la alcoba, la taberna), todo el conjunto es un hallazgo memorable. Si tengo oportunidad, me gustaría expresarle mi admiración.

Miércoles, 19 [= 18] de septiembre Desde primera hora de la mañana me importuna alguien. No dejan de llamar a la puerta y me interrumpen. Y lo que yo quiero es paz. ¿Tendré que huir de Viena para tener tranquilidad? Me refugio en un parque para poder pensar un rato en silencio. Más tarde, leo. Pero ¿cuándo trabajaré, por el amor de Dios? Lo siguiente ha de ser mi *Plegaria del artista*. ‡ He dedicado la tarde a diversas minucias, y por la noche he acudido con Trebitsch a ver la comedia divertidísima de Shaw.²⁰ Después de la función, he ido con los Schnitzler al Meißl & Schadn.²¹ Es curioso lo impotente que me siento siempre con los Schnitzler. Soy absolutamente incapaz de sostener una conversación poco enjundiosa intelectual o espiritualmente, o en la que se excluyan los temas sexuales, es decir, una conversación limitada a las convenciones sociales. Por alguna razón que se me escapa, Schnitzler está de mal humor. Una y otra vez llama «bribones» a Reinhardt y a Horsetzky, y actúa como si lo hubieran dejado relegado, una queja para la que no tiene ningún motivo. Esta actitud enturbia su imagen, aunque percibo en ella la influencia de su vanidosa mujer (a quien no le gusto, como también percibo).

Jueves, 20 [= 19] de septiembre Otra mañana de improductiva apatía. Por la tarde, tras una buena conversación con el estupendo E. O. Krauss, ‡ escribo un par de estrofas para el «Poeta». ‡ No son definitivas, pero al menos siento que vuelvo a poner manos a la obra. No me explico por qué traiciono ese noble deseo (¡que en ocasiones me sobreviene con una dichosa facilidad!) con todas esas estériles horas de pereza y desaliento. Debería ser más ambicioso. Una de esas aventuras tan estimulantes de la Kärntnerstraße; después, con Viertel y

Rosenbaum, y luego, por la noche, orden en los asuntos espirituales. Eso es lo que yo llamo un buen día, ¡tampoco es pedir demasiado!

Viernes, 21 [= 20] de septiembre ¡Poco, poco, muy poco! Unas cuantas lecturas, cartas y más cartas (¡qué lata!), visita impetuosa y arriesgada al parque Liechtenstein. Por la tarde, un poco de todo, pero nada bien; Geyling, Rosenbaum, y por la noche con Begović y Soyka. Este último es peligroso, porque sólo es agradable si antes le has certificado tu admiración, preferentemente en letra impresa. Una persona tan inteligente con semejante amor propio, tan infantil, y tal afán de poder es una inspiración magnífica para un personaje literario. Su juego de ajedrez, en todo caso, prodigioso. Antes, a la Kärtnar.²²

Sábado, 22 [= 21] de septiembre de 1912 Otra vez apatía, malgasto las horas. Últimamente, por las mañanas me siento muy débil porque duermo mal. Me ha venido a ver Huber:²³ sigo sin saber si es un auténtico dechado de bondad o el más taimado estafador. En todo caso, yo debería ser más cuidadoso con mis cartas de recomendación. Por la noche, en el estreno de Czinner:²⁴ puras banalidades presentadas como *sketches*, pero por lo menos era una obra animada. Eso sí, el público me ha parecido repugnante: un horror tener algo que ver *con esa gente*. Pero ya se sabe que cuando uno empieza a publicar tiene que hacer concesiones.

Domingo, 23 [= 22] de septiembre En casa de Trebitsch, con Barnowsky, hombre muy inteligente, firme y sencillo; también estaba Friedell, de cuya compañía sólo disfruto después del mediodía, y Hans Müller, cuyos discursos tienen más decibelios que inteligencia. Es incapaz de callarse nada, grita, lo escupe todo. Con frecuencia termina dándome pena: *necesita* tanto el éxito que trata de obtenerlo a la fuerza y por todos los medios. Aunque me cae simpático, su literatura no me convence. Por la noche, Kärntnerstraße y crucigramas en un café.

Lunes, 24 [= 23] de septiembre Reviso *La casa junto al mar*, cuyo estreno se aproxima inexorablemente. Después, la visita del joven Herbert Steiner, con su actitud desenvuelta y su distinguida serenidad, que resulta casi impertinente.

No obstante, es muy posible que tenga potencial, pues hace cinco años demostró una precocidad asombrosa.‡ En cualquier caso su impasibilidad me resulta muy afectada. Por la tarde, en casa de la señora Von Winternitz. Al fin una buena conversación con una mujer sensible de verdad, la criatura más delicada que pueda uno imaginar, pero de una franqueza de espíritu que la enaltece. Me ha confesado que le parecía trágico tener hijos de un solo hombre (¡qué audacia y nobleza para verbalizar algo así!). En momentos como ése me llena de dicha comprobar que el mayor don que me ha dado la vida es ayudar a las personas a que se abran, despertar en ellas, a través de una sinceridad de mi parte que está por encima de todo pudor (en eso soy muy libre), la necesidad de expresar sus pensamientos más ocultos. Qué maravilla es un pensamiento de esa índole, sentir cómo osa hacerse palabra por vez primera con el objeto de que alguien lo escuche, y esa felicidad que lo embarga a uno, igual a la de un pájaro que por vez primera alza el vuelo y grazna de placer porque las alas lo sostienen. Sé que a menudo libero algo en las mujeres, y también en los hombres. Me cuido mucho de no sacar provecho erótico de ello. De hecho, sólo consigo infundir esa sensación de libertad en los otros gracias a la renuncia silenciosa de mi erotismo. Algo fácil en este caso frente a un ser tan frágil y delicado; no obstante, era absolutamente conmovedor ver cómo sostenía en sus brazos a la niña enferma, pálida,²⁵ cómo inclinaba la cabeza hacia ella. Esos gestos revelan una delicadeza prodigiosa que me parece música: todos sus movimientos son acompasados. Sin embargo, cuando ha llegado el esposo (un poco incómodo, tensión que me he apresurado a rebajar), ha sido como si una corriente de aire helado llenara la habitación. Ella parece hallarse en un estadio intermedio entre el anhelo de belleza juvenil y el sosiego propio de la maternidad; y, en medio, su esposo, como un péndulo que no alcanza ninguna de las campanillas para hacerlas vibrar. Por la noche, absorbo en mis rumiaciones. Por último voy al café, ese final innecesario del que quiero deshabituarme.

Martes, 24 de septiembre Por la mañana he hecho cuatro cosas y luego he salido a pasear. Al anochecer me he quedado en casa, leyendo, nada que reseñar: los dramas de Schnitzler, que me gustan, sin llegar a impresionarme, y algo de Conrad Ferdinand Meyer, quien, desde mi punto de vista, está sobrevalorado como novelista.

Miércoles, 25 de septiembre Dicto cartas y ordeno. Por la noche voy a ver *Joachim von Brandt*,²⁶ un especie de *Hamlet à la Kohlhaas* demasiado grandilocuente. Después, en vez de dedicarme a la literatura ilustre, me quedo con Hans M[üller], que me cuenta de todo, como siempre. Él también está metido en aventuras a las que, pese al peligro que comportan—o tal vez precisamente a causa del mismo—, se siente incapaz de renunciar. Está sumamente bien informado sobre cualquier tema y es exageradamente abierto a la hora de hablar de ellos. Una gozada cómo nos divertimos.

Jueves, 26 de septiembre Día desperdiciado. He estado ocupado con los quebraderos de cabeza causados por el nuevo aplazamiento,²⁷ poco más. Al anochecer, encuentro con Wassermann, cuya amabilidad, no sé por qué, tanto me disgusta. En el fondo, me perdona tan poco como yo a él.‡

Viernes 27 Encuentro con Rundt, un hombre inteligente, vital, capaz de dosificar sus fuerzas gracias a un talante sereno. Lástima no tener ahora una pieza de teatro por estrenar, nunca había tenido una oportunidad tan buena. Únicamente escribo cartas, cartas y más cartas. Consulta por el asunto de Alfred.²⁸

Sábado 28 Liechtenstein resulta cada vez más infructuoso, pese a que he duplicado las visitas. Al anochecer, en casa de Birinski:²⁹ me he reído y avergonzado de mi risa al mismo tiempo. Superficial pero ingenioso. Por la noche, con mi querido Felix [Braun], una de las mejores personas que conozco, con su mujer, el doctor Krauss‡ y Begović.

Domingo 29 Hoy lo he hecho todo con esa inquietud que me corroe por dentro. Para distraerme, por la tarde traigo a casa a dos amigas, pero, aunque la belleza de sus cuerpos me reconforta, ya no me siento capaz de soportar demasiado rato la falta de cortesía de este tipo de encuentros, de modo que a las seis en punto las despido. Me quedo en casa, duermo hasta que me repongo, me salto la cena y me consuelo con Gottfried Keller durante el largo lapso entre la una y las cuatro de la madrugada hasta que me vencen el cansancio y el sueño.

Lunes 30 La noticia del aplazamiento del estreno de *La casa junto al mar* y el asunto del criado me dejan inquieto. Al atardecer, juego a las cartas con Wassermann, cuyo inocente egoísmo salta a la vista deliciosamente en cuanto se le cae la máscara.

Martes 1.º [de octubre de 1912] Ha llegado el nuevo criado. Por fin vuelve a haber orden en mi caos. Traduzco a Verhaeren³⁰ con la destreza de antes, aunque se trata de un poema poco relevante.³¹ Al atardecer, con Rosenbaum y Trebitsch. [-] A mediodía, voy a casa de Wassermann. A solas con él. Hablamos con bastante franqueza y siempre es una buena persona cuando no juega. No obstante, persiste cierta desconfianza entre nosotros: soy más sincero con él que él conmigo. Resulta desagradable su descortesía y su falta de indulgencia, que incluso exagera de forma artificial. Es curioso, a solas con él me siento incómodo. En nuestra charla le señalo la falta de temas proletarios en su obra,³² que es lo que le impide ser un Balzac (quiere escribir un ciclo de novelas que transcurran en una Alemania imaginaria). Asiente incluso. Después, con el doctor Krauss, ‡ excelente conversación llena de revelaciones eróticas, de las cuales sólo cobro conciencia al hablar. [-]

Miércoles 2 Por la mañana, compras, visita de Josef Brendel: ‡ un holgazán, neurasténico y sumiso mantenido por su madre, pretencioso y vulgar. Además, creo que no tiene talento. Sus esbozos tienen gracia, pero ni siquiera son demasiado prometedores y él, en el trato, siempre se pasa de empalagoso o de grosero. Por la tarde he estado con Paul Wilhelm, otro descarriado, curiosamente lúcido, sin embargo. No obstante, sus excusas sobre la imposibilidad de trabajar... cuán deplorables y convenientes en el fondo. Me alegro de no poner excusas... Al atardecer he ido a casa de Thimig, un sajón embustero que me pone en una situación comprometedora con la Marberg. Después he estado con la doctora Feld ‡ a ver *Las bodas de Fígaro*. Qué liberadora es esa alegría pura, sin ironía ni pizca de ordinariez. Escuchar a Mozart rejuvenece. La señora Feld me cuenta varias cosas interesantes: me sorprende especialmente cuando me confiesa que su primera visita al teatro fue tardía y que todo, claro, le parecía elemental. Por la noche, aún tengo tiempo de leer una novela corta sobre Seldwyla.³³ ¡Qué gran narrador, Keller!